

**LA IGLESIA EN EL
MUNDO DEL TRABAJO.
UNA PASTORAL
IMPRESINDIBLE**

Carta pastoral del Cardenal Amigo Vallejo,
Arzobispo de Sevilla

Sevilla, mayo 2005

**LA IGLESIA EN EL MUNDO
DEL TRABAJO.
UNA PASTORAL
IMPRESINDIBLE**

Carta pastoral del Cardenal Amigo Vallejo,
Arzobispo de Sevilla

Sevilla, mayo 2005

Edita

Arzobispado de Sevilla

Maquetación

Future Design Sur S.L.

Fotocomposición e Impresión

Alfecat Impresores S.L.

Depósito legal: SE-4180-04

**LA IGLESIA EN EL MUNDO
DEL TRABAJO.
UNA PASTORAL
IMPRESINDIBLE**

Cristo, el hombre y el trabajo. Estos son, como no podía ser de otra forma, los grandes valores que enmarcan cualquier reflexión acerca de la pastoral obrera. Cristo es la verdad y el camino, y el hombre quiere vivir esa identificación con el Señor en la tarea más noble que pueda realizar cada día: el trabajo.

Por una parte, no podemos detenernos, pues el misterio de la Encarnación del Señor, al cual nos hemos unido por el bautismo, nos está urgiendo ese avanzar cada día en la realización, personal y en el mundo, del evangelio de Jesucristo. Por otro lado, no son pocas las dificultades y obstáculos que encontramos para poder llevar a cabo nuestros propósitos evangelizadores.

Necesitamos comunidades parroquiales, movimientos y asociaciones que se atrevan, con sencillez, humildad y rigor, y en nombre de Jesucristo, “porque no somos la raíz, sino que la raíz nos sostiene a nosotros” (Rom. 11, 18), a crear, desarrollar y evaluar nuevas formas

de anunciar a Jesucristo; vivan públicamente su fe, cada día, en los grandes foros y en el pequeño entorno familiar, vecinal y laboral, y, con alegría, a sabiendas de que, aunque “no cuenta ni el que planta ni el que riega, sino Dios que hace crecer”, “juntos trabajamos en la obra de Dios, pero a él pertenece el campo o la construcción...” (1 Cor. 3, 7.9).

He creído conveniente, con motivo del décimo aniversario del documento “La pastoral obrera de toda la Iglesia”, y a solicitud de nuestros grupos de pastoral obrera, hacer una nueva reflexión sobre esta acción pastoral imprescindible en el mundo del trabajo. Como en el ejemplo del hombre del evangelio, habrá que sacar de lo antiguo y de lo nuevo para hacer estas reflexiones y ofrecer algunas pautas para la acción evangelizadora y pastoral. Tendremos que acercarnos a esa “ciencia de evangelizar”. También una real aproximación al mundo del trabajo, para centrarnos en lo que entendemos y deseamos para una pastoral obrera actualizada. Sin soslayar las dificultades, las cuestiones y los desencuentros, buscaremos los mejores caminos para el acompañamiento de esta imprescindible acción pastoral, así como la búsqueda de unas líneas de la espiritualidad propia de la pastoral obrera.

Es mucho y bueno el trabajo que se ha hecho, desde pastoral obrera, en la evangelización del mundo del trabajo. Todo ello es motivo para dar gracias a Dios y a cuantos han realizado tan meritoria e imprescindible labor.

I. PASTORAL, LA CIENCIA DE EVANGELIZAR

Que la Iglesia existe para evangelizar, no sólo es una verdad contrastada a lo largo de toda la historia del cristianismo, sino la expresión de la misma razón de ser y de actuar de la Iglesia. En el contexto actual, si cabe, la actividad evangelizadora de la Iglesia es especialmente urgente, no sólo ante la extensión de la indiferencia, sino para dar esa respuesta desde la fe en Jesucristo y que está exigiendo, tanto el creyente como la misma sociedad.

En esta urgencia evangelizadora, un espacio particular de atención tiene que ser el mundo del trabajo, pues "uno de los contenidos más importantes de la nueva evangelización está constituido por el anuncio del evangelio del

trabajo. Y que en las condiciones actuales, se ha vuelto especialmente necesario. Ello supone una intensa y dinámica pastoral de los trabajadores, tan necesaria hoy, como el pasado, respecto del cual trabajo algunos aspectos, son todavía más difíciles. La Iglesia tiene que buscar siempre nuevas formas y nuevos métodos sin ceder al desaliento" (*Juan Pablo II. Alocución 15-1-1993*).

Cuando hablamos del "evangelio del trabajo", no queremos sino resaltar la presencia de la Buena Noticia de Jesucristo y de la Doctrina social de la Iglesia en esa realidad tan necesaria de nuestra atención evangelizadora como es la del mundo del trabajo.

Si queremos llegar hasta la conciencia personal y colectiva de los hombres, no pretendamos hacerlo sino es con la fuerza y eficacia del evangelio. Llevar evangelio al mundo obrero. Para ello se han de poner en ejecución aquellos medios necesarios para el conocimiento, la asimilación y la adhesión práctica a la palabra y a la vida del Señor. Puede decirse que la pastoral es la "ciencia práctica" de la evangelización. El evangelio es la fuente; la pastoral, una manera de llevarlo al conocimiento y a la vida de los hombres y mujeres. En nuestro caso, a los que componen

ese amplio sector de la sociedad que es el del mundo obrero.

1. Evangelizar en el mundo obrero

Con la pastoral obrera lo que se pretende es acercar el evangelio a la numerosa, extensa y variada familia obrera. Que los trabajadores y las trabajadoras encuentren en la Buena Nueva de Jesucristo la ansiada y auténtica liberación de la injusticia, de la desesperanza, del odio y de los rencores. En definitiva, del pecado. Solamente abriéndose sinceramente al amor de Dios se alcanzará la verdadera y deseada liberación.

En forma alguna la Iglesia puede eludir su responsabilidad de hacerse presente, que esto es evangelizar, en esa particular condición de vida en la que están los que forman ese contexto global de los hombres y mujeres en el trabajo. Con el evangelio en el corazón y en las manos, nos ayudaremos también de ese valioso instrumento que es la doctrina social de la Iglesia.

La doctrina social de la Iglesia mira al hombre y, desde la fe, se inserta en la misión evangelizadora de la Iglesia. Por eso, "tiene de por sí el valor de un instrumento

de evangelización: en cuanto tal, anuncia a Dios y su misterio de salvación en Cristo a todo hombre y, por la misma razón, revela al hombre a sí mismo" (*Centesimus annus* 41).

Si se quiere una evangelización auténticamente nueva, es imprescindible el incluir entre sus elementos esenciales el anuncio de la doctrina social de la Iglesia, pues "no existe verdadera solución para la "cuestión social" fuera del evangelio y que, por otra parte, las "cosas nuevas" pueden hallar en él su propio espacio de verdad y el debido planteamiento moral" (*Centesimus annus* 5).

Existen una serie de problemas que inciden negativamente entre las clases más desfavorecidas, que son casi siempre las trabajadoras. Pero, también, han de ser motivaciones que estimulen el compromiso evangelizador. Así, por ejemplo: la desigualdad entre Norte y Sur, entre países, regiones...; el desarrollo productivista, tecnificado, antiecológico... y por lo tanto poco humano; la falta de participación democrática real del pueblo; la burocratización de la vida política; la corrupción político-social-económica; los modelos y estilos de vida antihumanos e insolidarios, que llevan a la desmesurada exaltación del dinero, del éxito...: los

grandes desequilibrios y desigualdades (Cf. *La pastoral obrera de toda la Iglesia, II, 12*). Tendremos también que añadir: la exaltación del valor economicista del sistema productivo en detrimento de la eficiencia humana; la cultura hedonista que convierte al hombre en instrumento de producción y de consumo; el paro y sus secuelas de marginación y de pobreza: la precariedad del trabajo; la flexibilidad de los horarios con el detrimento de la vida persona, familiar y social...

Pues a estas situaciones habrá que ir con el evangelio, para iluminar y ofrecerse a trabajar por la transformación de una realidad que deseamos más cerca de la justicia y del auténtico bienestar para todos. Para ello, será necesario promover y fortalecer el compromiso con los inmigrantes, con los presos y familiares y con los trabajadores en precario (mujeres, jóvenes y mayores de cuarenta años). Es de máxima urgencia fortalecer los Secretariados de Pastoral de Migraciones, Pastoral Penitenciaria y Pastoral Obrera, y encauzar en este trabajo conjunto las iniciativas que ya se realizan desde Caritas Diocesana y otras organizaciones.

Conocer la realidad en la que se encuentran los hombres, hacer una reflexión desde la fe

en Jesucristo y las exigencias evangélicas que comporta, urgir el compromiso de lealtad práctica con los hombres y mujeres llamados a vivir como hermanos, es tarea siempre permanente en la vida pastoral de la Iglesia. Si esos hombres y mujeres a los que llamar y a los que servir forman parte del amplio, y no siempre bien conocido mundo obrero, es a una renovada pastoral obrera a la que convocar, la que hay que impulsar, la que tiene que conocer y apoyar toda la comunidad cristiana.

Desde la pastoral obrera, y con una decidida opción por los trabajadores, debe estar empeñada toda la Iglesia en llevar la buena nueva de Jesús a quienes tanto lo necesitan. Gracias a Dios la pastoral obrera no comienza ahora y con nosotros, sino que son muchos años y tantos y buenos cristianos como han querido ponerse cerca de sus hermanos trabajadores con el evangelio y la doctrina social de la Iglesia.

2. Una pastoral sostenible y especializada

Dentro de la acción pastoral de la Iglesia, y tomando conciencia de que es una tarea que concierne a toda la Iglesia, la pastoral obrera debe entrar dentro del contexto de la pastoral

general de la diócesis y de la parroquia, pero con las líneas diferenciales de una pastoral especializada para el mundo del trabajo. Lo cual, no solamente no impide una pastoral general y de conjunto, sino que es motivo para una colaboración más estrecha, para una coordinación y apoyo recíproco más eficaces.

Sin embargo, para que pueda ser considerada como una pastoral verdaderamente sostenible y especializada, habrá que tener en cuenta algunos criterios de identificación y de discernimiento:

- La fe Jesucristo vivida, practicada y testimoniada en el mundo del trabajo.
- Aceptar la necesidad de la formación para un mejor conocimiento del misterio cristiano y de la doctrina social de la Iglesia.
- Situarse en la realidad del mundo del trabajo, con sus carencias y sus posibilidades, tanto en el orden laboral como en el social, familiar y religioso.
- Fidelidad al evangelio, a la oración, a la vida sacramental, a la Iglesia, a su magisterio y a la acción evangelizadora.

- Acercarse a los movimientos apostólicos y a aquellas asociaciones especialmente empeñadas en la evangelización de los sectores más excluidos y necesitados.

- Diálogo permanente con los distintos sectores de la pastoral diocesana y parroquial, para saber discernir las acciones con las que hay que responder desde una pastoral especializada.

- Empeñarse en que la pastoral obrera sea considerada como una verdadera presencia de la Iglesia en el mundo del trabajo.

- Ser conscientes de que una pastoral obrera "sostenible" no puede basarse en dar respuestas únicamente desde el punto de vista económico, productivo, laboral... Lo que hace sostenible a la pastoral obrera es la peculiaridad de su carácter evangélico y eclesial.

- Avanzar en el conocimiento teológico, para afianzarse bien en lo que es y a lo que debe responder la acción del creyente en el mundo.

Si la pastoral obrera quiere llevar un testimonio creíble y una doctrina iluminadora

al mundo del trabajo, solamente lo podrá hacer desde unas claras señas de identidad cristiana, eclesial y obrera.

3. *Una pastoral actualizada*

Aunque persisten no pocos problemas, el conflicto entre capital y trabajo, en la presente fase histórica, reviste nuevas formas, mecanismos y condiciones. Se ha racionalizado y dignificado el trabajo y se han producido notables avances en la organización laboral. Pero, también, hay que reconocer que han surgido nuevas dificultades económicas, ajustes motivados por crisis y reconversiones diversas.

Sigue sin resolverse el grave problema del desempleo, especialmente el que afecta a los jóvenes y a las mujeres. Aumentan las bolsas de pobreza y la consiguiente marginación. Algunos sectores, -jornaleros, trabajadores autónomos-, están cada día más olvidados. La sociedad parece estar más preocupada por otros problemas, por otros intereses o, simplemente, sigue viviendo sin mayores inquietudes esperando que la solución llegue no se sabe de dónde, ni cómo.

Ante estas nuevas situaciones, de poco nos sirven unas simples estructuras y una organización renovada. Se necesitan personas auténticamente nuevas, no por los nombres y caras de los militantes, sino por los criterios pastorales de acción, por las actitudes evangélicas, por la unidad y comunión eclesial. Una nueva, en fin, sensibilidad evangelizadora: más integrada en la pastoral de conjunto, más obrera, más eclesial, más esperanzada...

Una pastoral obrera actualizada está exigiendo un mayor compromiso de los laicos en el diálogo fe y cultura del trabajo, entre religión y vida laboral, entre el laicismo y la confesionalidad. Una pastoral que necesita alimentarse en la Iglesia -formación, sacramentos, oración- pero que ha de salir al mundo del trabajo y no quedarse en una discusión permanente en lo que es la Iglesia, lo que hace o deja de hacer respecto al mundo obrero. Ello no excluye, naturalmente, la autocrítica y la reflexión acerca de las distintas formas de estar en la Iglesia, pero no podemos quedarnos en la autocomplacencia de mirarnos y reprocharnos mutuamente nuestras cualidades o defectos, sino que hemos de estar atentos, unos y otros, al pueblo de Dios al que debemos servir.

II. DE LA CLASE OBRERA AL MUNDO DEL TRABAJO

Decía Juan Pablo II que la Iglesia tomó con valentía la defensa de los derechos de la persona del trabajador, porque debe prestar su voz “que es clamor evangélico en defensa de los pobres del mundo y de quiénes son amenazados, despreciados y oprimidos en sus derechos humanos (*Evangelium vitae* 5).

No son pocos los cambios que se han producido en el mundo obrero, en la clase trabajadora, tanto desde el punto de vista económico como social y las mismas condiciones laborales, hasta tal punto que algunos se preguntan si podemos hablar hoy de clase obrera o simplemente de un amplio concepto englobado en la expresión “mundo del trabajo”.

¿Qué entendemos por clase obrera? ¿A qué realidad social nos referimos cuando hablamos del mundo del trabajo? ¿Quiénes son los trabajadores y las trabajadoras? ¿Se puede seguir hablando de la cuestión obrera? ¿Ha perdido la clase obrera su propia identidad? Más que llegar al fondo de la respuesta a estas preguntas, lo que

es incuestionable es que todo cuanto afecta al trabajo tiene una enorme repercusión e incidencia en la vida personal, familiar y social del trabajador.

Unos datos que pueden acercarnos a la importancia de la necesaria pastoral obrera son, por ejemplo, la situación de la población trabajadora en la provincia de Sevilla, que con un millón ochocientos mil habitantes, y una población activa de setecientos setenta y seis mil, tiene una tasa de paro del dieciocho por ciento.

1. *El mundo del trabajo*

No resulta fácil hacer una definición precisa de lo que entendemos por “mundo del trabajo”, pues son muchas las variedades y diferencias, tanto de las situaciones personales como laborales y profesionales, así como la misma estructuración del trabajo.

Vamos a intentar acercarnos a un posible perfil de la persona, y de la colectividad, en el que podríamos encuadrar a quienes componen ese amplio y complejo mundo del trabajo y de la clase trabajadora, que constituye el sector más numeroso el

importante de nuestra sociedad. Entre otros, estos son algunos rasgos que configurarían lo que entendemos por obrero: son trabajadores por cuenta ajena. Por el trabajo desarrollado reciben un salario. Pueden estar dentro de distintos sectores en la industria, la agricultura, el comercio, los servicios.

En alguna manera podemos decir, que, en estos momentos, y con la evolución social de la relaciones laborales, el mundo obrero no es una simple condición de clase social. No está constituido por pobres y excluidos, aunque entre la clase trabajadora es donde se dan con más frecuencia esas situaciones. Tampoco es una simple realidad social y hasta laboral, pues se extiende a la situación anímica personal y la relación personal. No puede identificarse con un tipo de ocupación, ni siquiera con una profesión. Mucho menos se trata de una ideología, de un grupo de presión, de un partido político, de un sindicato...

El mundo del trabajo es una forma de relación social con las personas. Una mentalidad de convencimiento de pertenencia a una situación humana dependiente de los demás, que son quienes van a ofrecer o a privar del trabajo. Es una actitud, con no poca

frecuencia, de sospecha e inseguridad respecto a la participación en el fruto del trabajo y la estabilidad del empleo. Es una conciencia de dignidad personal y de la propia clase, a menudo resentida por el peso de una historia llena de injusticias.

El magisterio de la Iglesia ha reconocido la importancia social y laborar que han tenido los sindicatos para defender los derechos y los justos intereses de los trabajadores. “La defensa de los intereses existenciales de los trabajadores en todos los sectores, en que entran en juego sus derechos, constituye el cometido de los sindicatos. la experiencia histórica enseña que las organizaciones de este tipo son un elemento indispensable de la vida social” (*Laborem exercens* 20).

Dos realidades nuevas han venido a hacer todavía más complejo y difícil de enmarcar el concepto de mundo del trabajo: la estratificación del trabajo y la globalización.

2. Situaciones diferenciadas

Son muchas y muy distintas las situaciones en las que se pueden encuadrar los trabajadores y las trabajadoras en función de

parámetros sociales diversos y de sus mismas opciones personales.

Diferenciación social y económica relacionada con la formación personal y con el tipo de empleo que se desarrolla. Diferencia en virtud del salario que se percibe y de las cargas familiares que se deben soportar.

Diferenciación laboral, por la cualificación y el puesto que se tenga en la empresa. Diferencia por pertenecer a una a otra empresa, a un sector u otro de la actividad laboral y de la producción

Diferencia por intereses (autónomos, asalariados); por las condiciones laborales (fijo, eventual); por edad, sexo, procedencia (emigrantes, jóvenes, jubilados); por la flexibilización del trabajo (despido, precariedad...); por el nivel de actividad (en edad de trabajar, pero sin posibilidades de hacerlo, parados sin haber trabajado); por la cualidad del trabajo (a domicilio, en empresa, funcionarios, a tiempo parcial, temporeros...).

Una especial consideración merece el trabajo de los jóvenes. Su desempleo es una verdadera calamidad social. "Después de haberse preparado mediante una adecuada

formación cultural, técnica y profesional, no logran encontrar un puesto de trabajo y ven así frustrada con pena su sincera voluntad de trabajar y su disponibilidad a asumir la propia responsabilidad para el desarrollo económico y social de la comunidad" (*Laborem exercens* 18).

Aquí tendríamos que recordar la figura de Joseph Cardijn, el fundador de la JOC, y tener en cuenta sus palabras: "Los jóvenes no pueden sentir que están de sobra, que no hay lugar para ellos... Un joven trabajador vale más que todo el oro del mundo".

También hay que subrayar el derecho de la mujer al trabajo y el rechazo de cualquier forma de discriminación, así como el reconocimiento de su dignidad personal y de su insustituible puesto en la familia y en la sociedad.

Diferenciación de opciones, tanto políticas como religiosas, libremente asumidas por el trabajador.

En este sentido, también podemos hacer un cuadro de referencia que distinguiera los diversos grupos en los que se pueden encontrar los trabajadores y las trabajadoras, en relación con la fe, la práctica religiosa y la vinculación con la Iglesia.

Un primer grupo estaría constituido por aquellos que viven consciente y de una forma comprometida su fe. Alimentan su vida creyente en la oración y los sacramentos, trabajan por formarse en cristiano, llevan el testimonio a su vida familiar, social y laboral. Están con la Iglesia y quieren a la Iglesia, aunque no por ello dejan de ser críticos con algunas maneras de actuar. Muchos de ellos forman parte de movimientos y asociaciones de laicos.

Un sector muy amplio es el de los llamados practicante de semana. Asiste en el domingo a misa. Pero poco más. No existe un compromiso apostólico y evangelizador.

Están los católicos sociológicos, con una religiosidad emergente que aparece en alguna circunstancia y sólo de manera ocasional. Piensan que los asuntos de religión son algo que pertenece exclusivamente al ámbito de lo privado. Son creyentes en un Dios bastante acomodaticio. Están desconectados de la Iglesia como comunidad y como institución. Es un catolicismo subjetivo y casi de consumo.

Tenemos el amplio sector de los indiferentes, los que se dicen agnósticos, los alejados, pero no del todo. Pueden tener un sentido de lo

religioso nada más que sociológico, con apreciables valores culturales y solidarios.

Un grupo creciente es el de aquellos que se acercan a una religiosidad sustitutoria, con una profusión de prácticas esotéricas y símbolos religiosos.

Por último, está el laicismo partidista, que aboga por la radical separación entre lo sagrado y lo profano, la desaparición de lo religioso en la vida social, la total autonomía de la realidades temporales, el culto casi único a la libertad y a la tolerancia y, al mismo tiempo, la desconfianza de cualquier forma de religión, preferentemente de la católica. No se excluye, según la conveniencia, de hacerse presentes en ciertos actos religiosos, pretextando que se trata de compartir cultura, fiestas o tradiciones.

En el mundo del trabajo vamos a encontrarnos con hombres y mujeres a los que podemos situar en algunos de estos grupos. La forma de relacionarse con ellos ha de ser diferenciada, pero siempre ofreciendo, sin imponer nada, la forma de vivir y de actuar en cristiano.

3. La Iglesia y los trabajadores

Nada mejor podríamos hacer, para conocer el interés de la Iglesia por el mundo obrero, que ir recorriendo el abundante magisterio pontificio desde León XIII hasta Juan Pablo II, el impulso dado a la doctrina social de la Iglesia, a la pastoral obrera, a la promoción de asociaciones y movimientos apostólicos con un carácter eminentemente evangelizador del mundo obrero.

Como dos puntos de referencia podemos fijarnos en el mensaje del concilio Vaticano II a los trabajadores (8-12-1965) y la homilía de Juan Pablo II en la celebración del jubileo de los trabajadores (1-5-2000).

Así, del Vaticano II al Jubileo de los trabajadores y con éstos criterios sobre el acercamiento de la Iglesia al mundo del trabajo:

- La Iglesia es consciente de los grandes problemas que hoy tienen gran repercusión en la vida concreta de los trabajadores y trabajadoras del mundo entero.
- La Iglesia no ha dejado de ocuparse de los problemas del mundo del trabajo, y ha

manifestado su aprecio a los trabajadores y a sus esfuerzos por la justicia y la dignidad de la clase obrera.

- La Iglesia desea estar cerca de este amplio sector de hombres y mujeres en el trabajo, deshaciendo prejuicios, desconfianzas e incomprensiones y ofreciendo una reconciliación sin reservas.

- En el proyecto de Dios, el trabajo aparece como un derecho-deber. Necesario para que los bienes de la tierra sean útiles a la vida de los hombres y de la sociedad, contribuye a orientar la actividad humana hacia Dios en el cumplimiento de su mandato de "someter la tierra" (*Jubileo, 1-5-2000*).

Del concilio Vaticano II al Jubileo de los trabajadores puede ser un eficaz e iluminador itinerario para conocer lo que significa la presencia evangelizadora de la Iglesia del mundo del trabajo y, en concreto, de la pastoral obrera.

III. LA PASTORAL OBRERA

Habrá que comenzar diciendo que la pastoral obrera no es la actividad de un grupo de especialistas dedicado a una tarea particular, sino que es una acci3n evangelizadora de toda la Iglesia, que quiere prestar una atenci3n especial a este sector mayoritario de nuestra sociedad que es el mundo del trabajo.

Así lo entiende la doctrina social de la Iglesia. La pastoral obrera tiene unas características peculiares, pero siempre se trata de llevar el evangelio y anunciar el tiempo de liberaci3n para todos. La pastoral obrera no puede menos que figurar como un capítulo imprescindible en la pastoral general de la Iglesia.

Hay que distinguir, sin embargo, entre lo que es la acci3n evangelizadora de la Iglesia en el mundo del trabajo y la pastoral obrera en su sentido más específico, con una delegaci3n Diocesana, movimientos y asociaciones especializados. Tampoco puede identificarse la pastoral obrera, que tiene como objetivo la evangelizaci3n en su sentido más amplio, y el Movimiento Obrero, que persigue exclusivamente la liberaci3n social.

Con la movilidad de las personas, la emigración y el intercambio laboral, podemos hablar también de una pastoral obrera globalizada e, incluso, ecuménica, e interreligiosa. Pueden ser capítulos nuevos de la pastoral obrera, pero ciertamente actuales y los que habrá que prestar la atención debida.

1. Una pastoral de toda la Iglesia

Si la Iglesia existe para evangelizar, no cabe duda de que las acciones pastorales, aunque realizadas directamente por un grupo de cristianos, es una actividad de la comunidad cristiana como tal, que envía a esas determinadas personas a evangelizar en el mundo. Es, por tanto, la pastoral obrera, obra de toda la Iglesia. Ni la comunidad cristiana en general puede desentenderse de ella, ni las personas que, de una manera particular asumen esa pastoral, pueden considerarla como obra propia y casi exclusiva de quien se sienta tan sensibilizado como imprescindible.

Aunque también hay que considerar el peculiar carisma que estas personas ha recibido para poder asumir y desarrollar

convenientemente la encomienda que se les hace y la misión a la que se les envía.

Será la comunidad cristiana la que, de una manera más inmediata, comprenda y viva esta realidad en sus estructuras pastorales, de tal manera que la diócesis y la parroquia se sientan implicadas en ella, y que los agentes de la pastoral obrera la asuman, no como obra propia, sino como enviados con una responsabilidad ante la misma Iglesia.

Sin una efectiva y visible comunión eclesial no se puede pensar en una pastoral eficaz. Es la unidad testimonial de toda la Iglesia la que se hace presente en medio de los hombres. En nuestro caso, en medio de los hombres y mujeres del mundo del trabajo. Si la pastoral obrera no arranca de esa dimensión eclesial, su fuerza misionera carece de sentido evangelizador. Por otra parte, la pastoral obrera realiza un servicio a toda la comunidad eclesial, pues le ayuda a formar una conciencia social, a sentir los problemas reales de los hombres y acercarse a ellos con verdadero deseo de compromiso evangélico.

La pastoral obrera se realiza dentro de una pastoral de conjunto, es decir, unida y coordinada en la pastoral general, con la

que la Iglesia quiere hacerse presente en medio de los hombres y hacerles partícipes del evangelio que ha recibido. Sacerdotes, diáconos, religiosos y seculares, están todos llamados a ser agentes en esta pastoral, que ha de asumirse en una visión de conjunto.

2. Agentes y militantes

La participación de los laicos en la pastoral social y obrera de la Iglesia es, no sólo imprescindible, sino muy propia de la condición del secolar cristiano.

Los movimientos y asociaciones especializados en la pastoral obrera se quejan, con frecuencia, de la falta de consiliarios, de guías y animadores de la fe. Tanto en el Seminario diocesano, como en los círculos donde se vive la fraternidad sacerdotal, ha de procurarse reavivar la gracia de servir en este ámbito misionero de la pastoral obrera.

Aunque pueda hacerse de una manera individual, sin embargo, la práctica cristiana exige una labor conjunta, particularmente activa y comprometida como es la de los movimientos apostólicos y de las asociaciones que tienen como objetivo principal la

evangelización en el mundo del trabajo. Estos mismos movimientos y asociaciones deben ser los mejores animadores de la pastoral obrera parroquial y diocesana.

Obispo, sacerdotes y diáconos, cada uno con su carisma y ministerio, no sólo deben ser conscientes de la necesidad de la pastoral obrera, sino reconocer valorar y animar el esfuerzo, la dedicación de los militantes y de los agentes directos de esta pastoral especializada.

Además de todo lo anterior, aunque la pastoral obrera sea específica, pero no exclusiva, de los fieles laicos, los sacerdotes y los diáconos tienen que conocer de cerca esta realidad de la Iglesia y apoyar decididamente a los movimientos, asociaciones y personas concretas que han recibido el encargo eclesial de evangelizar el mundo obrero. Imprescindible, también, el poder contar con aquellos consiliarios que cuiden la vida espiritual de esos militantes.

La vida consagrada en general, y las sociedades de vida apostólica e institutos seculares con este carisma de dedicación a la clase obrera, tienen una labor particular en este campo pastoral.

Aparte de la presencia inmediata y encarnada de religiosos y religiosas en los barrios obreros, es muy importante el acercamiento a los trabajadores y a las trabajadoras, y a sus hijos, en todos esos centros en los que, de una manera directa, se atiende a las personas, como pueden ser los colegios, hospitales, dispensarios, centros de acogida y asistencia social, pastoral juvenil...

Lo que resulta imprescindible es la conexión de la actividad de las comunidades y de los miembros de los institutos de vida consagrada, con la Delegación diocesana de pastoral obrera, a fin de que se pueda realizar, también en este campo obrero, una verdadera pastoral de conjunto.

Pero, hablando de agentes y militantes especialmente dedicados a la pastoral obrera, no podemos olvidar, repetimos, que esta pastoral es obra de toda la Iglesia, y que toda ella tiene que sentirse implicada en esta acción evangelizadora, en la que puede realizarse, de una manera especialmente significativa, el testimonio creíble de una Iglesia cercana a los más necesitados.

3. Funciones y objetivos

Como no puede ser de otra manera, la función y los objetivos de la pastoral obrera son los de evangelizar.

Lo que Juan Pablo II dice acerca de la contribución al desarrollo de los pueblos, sirve para subrayar funciones y objetivos de la pastoral obrera: la Iglesia tiene una palabra que decir sobre la naturaleza del trabajo, sus condiciones, exigencias y finalidades y defensa de los derechos y recuerdo de los deberes. Así cumple su misión evangelizadora (Cf. *Sollicitudo rei socialis* 41).

De una manera más concreta, éstos son los objetivos que persigue en su acción evangelizadora la pastoral obrera:

- Llevar la presencia de Cristo a la clase trabajadora con un testimonio auténticamente evangelizador.
- Poner el evangelio, como levadura eficaz de transformación, en la realidad en la que viven los trabajadores y las trabajadoras.
- Encarnarse en el mundo del obrero. Asumir como propias sus aspiraciones, dificultades y el reconocimiento de sus derechos.

- Ayudar a despertar la conciencia social en la comunidad cristiana.
- Formar auténticos y comprometidos militantes y agentes de esta pastoral especializada.
- Promover la justicia social y la solidaridad. Aquí puede haber una participación activa en instituciones políticas -"caridad política"- sindicales, culturales y sociales (Cf. *La pastoral obrera de toda la Iglesia*, 13).
- Acercar a los trabajadores a la Iglesia y a ésta al mundo del trabajo.
- Procurar la presencia de los trabajadores en las asociaciones y movimientos apostólicos.
- Poner en marcha en la parroquia la presencia de los movimientos apostólicos especializados de Acción Católica. En concreto, los que trabajan en el mundo obrero adulto (HOAC) y entre los jóvenes (JOC).
- Cuidar la liturgia en las celebraciones, de la eucaristía y de los sacramentos, en las que hay mayor participación de fieles

obreros, para que se sientan plenamente identificados con esta imprescindible acción de la Iglesia.

- Alentar a la promoción social de las personas más desfavorecidas.

- Denunciar las situaciones injustas, la discriminación y la exclusión.

- Poner en marcha los instrumentos necesarios para el conocimiento doctrina social de la Iglesia.

- Responsabilizar a los trabajadores con su propia evangelización.

- Hacer conocer a la comunidad cristiana la situación del mundo obrero.

- Presentar a la comunidad cristiana los grupos, movimientos y las asociaciones que se dedican a la pastoral obrera.

- Servir de enlace y acercamiento entre la Iglesia y el mundo obrero.

Es muy importante fomentar el diálogo fe-cultura obrera, abriéndose a las diferentes ideas, culturas y proyectos políticos presentes

en el mundo obrero. El diálogo existencial, entre la fe cristiana y la cultura obrera, es imprescindible, así como el dar el protagonismo a los propios trabajadores, tanto en los procesos de reflexión como los de la acción y la toma de decisiones (Cf. CEAS, *Pastoral obrera*, IV, 3).

4. Una pastoral obrera globalizada

Puede ser un nuevo e imprescindible capítulo de la pastoral obrera. La globalización, con sus valores y no pocas inquietudes y sombras, es una realidad muy cercana. Son muchos los trabajadores y trabajadoras venidos de otras tierras, de otras culturas, de otros ritos y religiones, y que ahora viven entre nosotros. También a ellos debe llegar la pastoral obrera.

Para unos, la globalización es la gran apuesta de la humanidad por el futuro, siempre que se sepa superar el aspecto meramente económico, y llevar lo global a un verdadero encuentro en la comprensión de la reciprocidad, de la diferencia y de la solidaridad. La globalización económica, comercial, laboral, jamás deben violar la dignidad y la centralidad de la persona

humana, ni la libertad y la democracia de los pueblos.

Si una característica del mundo actual es la tendencia a la globalización, con la superación de las distancias, los efectos pueden ser muy distintos y en campos diversos y llevar a una cultura consumista global, secularizada y materialista. Por eso la Iglesia tiene que esforzarse para que la doctrina social de la Iglesia tenga el debido influjo en la formulación de las normas éticas y jurídicas que regulan el mundo del trabajo (Cf. *Ecclesia in Asia* 39).

En cuanto a la incidencia de la relación en el mundo del trabajo con cristianos de otro ritos y de otras confesiones, así como con los creyentes de otras religiones, hay que apostar decididamente por el diálogo y por el encuentro en los valores religiosos y humanos que nos unen. Un cauce especialmente indicado y eficaz, es la doctrina social de la Iglesia, que promueve la defensa de la dignidad y de los derechos de la persona humana.

IV. ORIENTACIONES Y CRITERIOS PASTORALES

La vida y el mensaje de Cristo tienen que anunciarse a todos los hombres. Pues a todos ha de llegar la salvación. Los pobres, sin embargo, han de ser los más beneficiados. El anuncio de la buena noticia de salvación a los pobres es una de las señales de la credibilidad de la Iglesia de Cristo. Esta acción preferente, no es reductiva, sino de intensidad. No solo no disminuye el valor de universalidad del evangelio de Cristo, sino que lo avala, pues la igualdad esencial de todos los hombres está exigiendo ese cuidado especial por aquellos que no han alcanzado el reconocimiento de unos derechos que son patrimonio de la humanidad entera.

El evangelio, como oferta de salvación, libera al hombre de todo aquello que le impide vivir con la dignidad que como a hijo de Dios le corresponde. La verdadera solidaridad es la de Dios con el hombre y la del hombre con Dios. Una solidaridad que se ha realizado, de manera singularmente eficaz, en la persona de Jesucristo. Es el abrazo de Dios y del hombre. Jesucristo es el que salva. Jesucristo es el que libera.

Esa fe liberadora del mensaje de Cristo alcanza a todas las realidades humanas, pero ninguna puede pretender sustituirla, ni monopolizarla. Tampoco se puede pretender espiritualizarla en tal manera que se aleje de lo humano, haciéndola instrumento para la evasión, para el olvido de un verdadero compromiso liberador.

Tendremos, pues, que acercarnos y señalar algunas líneas pastorales sobre el acompañamiento a la pastoral obrera, el estar en la Iglesia y con la Iglesia, la formación de agentes y militantes, la animación y la inserción en el mundo del trabajo, las estructuras y la organización de esta pastoral especializada y, por último, la espiritualidad de la pastoral obrera.

1. Acompañamiento pastoral

Aunque grande es el deseo de evangelizar y se emprenda con mucho entusiasmo, sin una verdadera fortaleza espiritual es muy difícil perseverar en el compromiso de trabajar por el evangelio, en medio de una realidad social tan exigente y compleja como es la que está en los objetivos de la pastoral obrera.

Se necesitará una gran coherencia entre la fe, que está en la motivación primera del

apostolado, y en la fidelidad al compromiso obrero. Es una síntesis entre fe y vida.

La Iglesia necesita sacerdotes con decidida voluntad evangelizadora. Ante los desafíos de la increencia, del secularismo, de injusticias, hace falta un nuevo compromiso de fidelidad, de diálogo con el mundo, de encuentro y encarnación con las justas causas del hombre... Enviado, no dueño. Servidor, no amo de la viña y del rebaño. Discípulo antes que maestro, pecador antes que ministro del perdón, necesitado del don del Espíritu para que la caridad pastoral esté manifestando continuamente el amor con que Cristo ama y sirve al hombre.

Para ello se necesita la ayuda del acompañamiento, del consiliario, del animador bien formado. Por tanto:

- Cuidar especialmente la acogida, teniendo gran sensibilidad y comprensión y valorando a la persona que llega.
- La comunidad acogerá a los que se sienten llamados a trabajar en el mundo obrero, acompañándoles y animándoles permanentemente.

- Es imprescindible la presencia del consiliario, del sacerdote o del diácono. Si este oficio lo hace un seglar, debidamente preparado, que lo realice, no como suplencia, sino "en espera del sacerdote".

- Como necesidad urgente, hay que señalar la de la formación de los consiliarios y dirigentes. Personas capaces de comprender y animar la pastoral obrera.

- Se necesita de la ayuda de personas verdaderamente preparadas en teología, en doctrina social de la Iglesia y con experiencia de trabajo en el mundo obrero, pues solamente con su acompañamiento se puede profundizar en el compromiso social cristiano y hacer una verdadera síntesis personal entre el mensaje cristiano y la cultura obrera.

- Aunque se preste la mayor atención al grupo, el acompañamiento personal e individualizado es tan imprescindible como necesario.

- Si la pastoral obrera es obra de toda la Iglesia, es la comunidad parroquial y diocesana la que debe, de una forma particular, acoger y acompañar. Una buena

ayuda para ello será la creación de equipos parroquiales de pastoral obrera. Hay una realidad ya extendida en la experiencia de la Iglesia que son los Equipos Pastorales de Pastoral Obrera (EPPOS).

En fin, asegurar una espiritualidad de acompañamiento, para que el militante y el agente de la pastoral obrera se sientan miembros de la comunidad eclesial y ciudadanos de la sociedad civil, sean solidario con los hombres y testigos del Dios vivo, se comprometan en la liberación de los hombres, estén empeñados en la renovación de la humanidad y en la propia conversión personal, vivan en el mundo sin ser del mundo (*Jn 17, 14-19*) (Cf. *La pastoral obrera de toda la Iglesia*, III, 26).

2. En la Iglesia y con la Iglesia

Muchos trabajadores siguen considerando a la Iglesia como aliada del peor capitalismo, contemporizadora con la injusticia, estructura alejada del mundo obrero. Hay cristianos, por otra parte, que no comprenden el interés preferencial de la Iglesia por este sector de la comunidad de Jesucristo, no ven a la clase obrera tan

especialmente heredera y beneficiaria de la salvación de Jesucristo.

Es en la fidelidad al evangelio donde la Iglesia ha de inspirar todas sus acciones. Y desde esa inspiración, los más pobres serán siempre el objetivo al que debe llegar la atención preferente de la comunidad cristiana. Si la Iglesia se dirige al mundo obrero, lo hace desde una obligación ineludible de coherencia y de fidelidad entre lo que cree, vive y ofrece. Fidelidad al evangelio y fidelidad al hombre en su situación concreta.

Por eso, la Iglesia, la comunidad de los que creemos y seguimos a Jesucristo, no puede dejar de hacer lo que esté a su alcance para conseguir el reconocimiento efectivo de cuantos derechos afectan a la dignidad del hombre. En esta lucha de liberación, la Iglesia ofrece lo mejor que tiene: la forma de vida del hombre nuevo que es Jesucristo, liberador de toda injusticia, vencedor de cualquier esclavitud.

Como orientaciones y líneas pastorales:

- Se impone un trabajo de reconciliación del trabajador con la Iglesia, haciendo caer los prejuicios con un conocimiento cercano de la comunidad cristiana.

- La parroquia es el espacio más adecuado para el acercamiento entre la Iglesia y el mundo obrero, pues es la realidad eclesial más próxima y visible. Sin embargo, hay que advertir de la diferencia que existe entre unas y otras parroquias, tanto por las características sociales de la población, como por la mayor o menos presencia de una pastoral obrera organizada.
- Por parte de la parroquia, ha de haber gran sensibilidad por los problemas y justas reivindicaciones sociales de la clase obrera, prestando apoyo y colaboración.
- Ante todo, que la parroquia se muestre como el lugar donde se quiere vivir con fidelidad el mensaje de Cristo.
- Que la parroquia esté verdaderamente identificada con el contexto social en el que está situada, a fin de que el barrio, el pueblo, la sienta como algo propio.
- Los movimientos apostólicos, los equipos parroquiales de pastoral obrera, las asociaciones de pastoral social, son el mejor cauce, y el modelo inmediato de comunidades eclesiales que poder ofrecer al mundo del trabajo.

- La Iglesia no puede olvidar su carácter profético. El anuncio y la denuncia van unidos. Pero teniendo en cuenta que la profecía solamente es auténtica si persigue la implantación del Reino de Dios, que lo es de justicia y de paz.

- La presencia activa de los seglares será más eficaz si esas personas son también obreras. Evangelizadores de su propio ambiente, con su testimonio y el de su militancia cristiana, actuando directamente en medio de la cultura obrera y "animar, con su compromiso cristiano, las realidades y, en ellas procurar ser testigos y operadores de paz y de justicia" (*Sollicitudo rei socialis* 47).

- Se hace imprescindible, en esta tarea, un serio esfuerzo de formación de los seglares en la doctrina social de la Iglesia. En estos programas formativos no debe olvidarse que hay que escuchar al hombre porque es camino para escuchar a Dios. Pero quien pretenda ordenar el mundo al margen de Dios, muy pronto lo habrá dirigido en contra del hombre. Dios es el mejor y más eficaz defensor de los derechos del hombre.

- La pastoral obrera es una acción evangelizadora de la Iglesia y con la

Iglesia, que está pidiendo con urgencia ese necesario acercamiento entre la comunidad cristiana y el mundo obrero.

- Hacer de la parroquia un verdadero modelo de corresponsabilidad, en la que cada uno aporta su propia vocación (laical, religiosa, diaconal, sacerdotal), en servicio de la Iglesia y del mundo, al mismo tiempo que se siente miembro activo de esa comunidad.

- Muchas de estas comunidades parroquiales, de signo y organización diversa, pero siempre fieles a la Iglesia, viven en las parroquias de los barrios obreros. Y allí es donde deben asumir su tarea misionera, ofreciendo el verdadero y comprometido rostro de la fe.

- Enviado para liberar a los oprimidos y evangelizar a los pobres, el sacerdote tiene que seguir la misión de Cristo. La vida de sacerdote entre los trabajadores, en los ambientes sociales más necesitados, se convierte en testimonio de la presencia de Cristo. El amor a los pobres le llevará, incluso, a un fuerte compromiso político y social, pero nunca ese compromiso puede apartarle de la fidelidad al evangelio y a la Iglesia.

- Empezar acciones de conjunto en pastoral obrera, en la que cada uno de los miembros de la comunidad cristiana tenga su propio papel y responsabilidad.
- No olvidar que la pastoral obrera es preferentemente laical y que los laicos deben ser los protagonistas, no sólo de las acciones, sino también de la programación a realizar. Participación y corresponsabilidad tienen que ir unidas.

La parroquia, las asociaciones y movimientos, el conocimiento y la participación en los planes pastorales, la colaboración con organizaciones obreras y el apoyo a las causas justas de los trabajadores, serán buenos caminos para la reconciliación de dos realidades, todavía muy distantes y recíprocamente desconocidas, como son la Iglesia y la clase trabajadora.

3. Formación de agentes y militantes

Que la formación de consiliarios, guías espirituales, agentes y militantes de pastoral obrera sea algo necesario, pocos hay que lo puedan dudar razonablemente. Pero no vale una formación meramente técnica y

pragmática, se necesita el conocimiento de la fe, de la reflexión cristiana, de la vida en la Iglesia y de su compromiso evangelizador. También se precisará el acercamiento a la realidad social, en general, y del mundo obrero en particular. Tanto más preparados para responder a la evangelización del mundo del trabajo, cuanto más que esta realidad es de por sí difícil y está alejada de la Iglesia.

“Es preciso sensibilizar a los cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos, sobre la importancia de la formación para reconocer más plenamente y asumir más conscientemente sus responsabilidades como laicos militantes en la vida y misión de la Iglesia; sobre la urgencia, especialmente grave en nuestro tiempo, de superar la ruptura entre fe y vida, entre evangelio y cultura, y, en fin, sobre la necesidad de animar a todos a emprender, si no lo están haciendo ya, un proceso de formación integral, espiritual, doctrinal y apostólica, a fin de ser y vivir lo que confiesan y celebran, y anunciar lo que viven y esperan” (CLIM 72).

Partimos de que bastantes sectores de nuestra Iglesia tienen grandes obstáculos para el compromiso y para integrarse en procesos

de formación. Precisamente esta situación hace más necesaria la presencia de personas formadas, que afronten esta realidad en nuestras comunidades parroquiales.

Para animar esta corresponsabilidad de los laicos en la vida y misión de la Iglesia, hay que potenciar: Por una parte, "su acompañamiento pastoral", procurando la dedicación de sacerdotes, religiosos y laicos a esta tarea, y, por otra, promover "especialmente aquellas asociaciones que por su misma naturaleza y finalidad estén ordenadas a la evangelización de aquellos sectores y ambientes en donde la presencia de la Iglesia no puede faltar...: familia, mundo del trabajo, campo de la política, mundo de la cultura, infancia, juventud, adultos, tercera edad, enseñanza, medios de comunicación..." (CLIM 64)

Como orientaciones y líneas pastorales:

- Tener en cuenta que la formación es un derecho del hombre y un deber del militante. No puede faltar, en la pastoral obrera, un adecuado programa de formación.
- Al tratarse de una acción pastoral especializada y de inserción en mundo obrero, ese plan de formación tiene que

unir la iluminación de la fe y la actuación en medio de la sociedad obrera.

- Los medios de formación pueden ser muy diversos, pero siempre han de centrarse en la unidad y coherencia entre la vida cristiana y el compromiso evangelizador por el mundo obrero.

- La formación, tanto inicial como permanente, es imprescindible. Por tanto, la programación de la formación no puede eludir ninguna de esas etapas.

- Identidad cristiana y compromiso obrero tienen que ser el eje transversal de la acción formativa de agentes y militantes.

- Programar acciones concretas de formación: cursillos, jornada de reflexión, encuentros compartidos con otros sectores de la pastoral parroquial y diocesana, distribución de materiales, publicaciones...

- La doctrina social de la Iglesia debe ser una referencia permanente en la formación de la conciencia cristiana obrera.

- Compartir con los seminaristas y religiosos en formación, las inquietudes

evangelizadoras en el mundo obrero, a fin de que en estos futuros sacerdotes se sensibilicen y formen en esta acción pastoral.

En resumen, y con las orientaciones de la CEAS: definir claramente los procesos de formación cristiana, descubrir la importancia del encuentro personal con Dios, considerar las implicaciones religiosas, eclesiales y sociales de la fe cristiana, el compromiso y la predilección por los pobres... (*Pastoral obrera, IV, 3*).

4. Animación y estructuras pastorales

Es toda la comunidad la que debe sentirse comprometida en esta acción misionera con el mundo del trabajo, si bien lo han de estar, de una manera particular, aquellos grupos o personas que han recibido del Señor una vocación especial de servicio al mundo del trabajo, y que ha sido subrayada en la misión encomendada por la Iglesia. La pastoral obrera tiene su garantía de renovación y novedad evangelizadora, no tanto en una metodología o en una renovada estrategia pastoral, sino en el nuevo compromiso apostólico de la comunidad cristiana.

Una de las formas de realizar prácticamente la opción preferente por los pobres es la implantación de los movimientos obreros cristianos. Aunque no coincida el concepto de clase obrera con la pobreza, sí es en este mundo laboral donde se da una generalizada situación de carencia en muchos sentidos: pobreza material, precariedad, limitación de derechos fundamentales, marginación en múltiples formas.

Con una opción cristiana claramente definida de compromiso con la clase trabajadora, los movimientos apostólicos tienen que estar especialmente comprometidos en esta nueva evangelización, que ha de proyectar la buena noticia sobre la cultura obrera.

Un papel de particular importancia, en esta renovada pastoral, les corresponde a aquellos movimientos, asociaciones y comunidades parroquiales que, impulsadas por el Espíritu del Señor, quieren vivir con mayor radicalidad el evangelio y tratan de hacerse presentes en el mundo del trabajo como levadura cristiana en medio de la masa. Estas comunidades serán lugar de evangelización en la medida que, según nos recuerda la *Evangelii nuntiandi* (58), busquen su alimento en la Palabra de

Dios, eviten la tentación de la contestación sistemática, permanezcan fielmente unidas a la Iglesia, guarden una sincera comunión con los Pastores, no se crean jamás el único agente de evangelización, crezcan cada día en responsabilidad misionera y se muestren universalistas y no sectarias. Todo ello requiere, también, una organización, unas estructuras pastorales a distintos niveles diocesanos y parroquiales.

Orientaciones y líneas pastorales:

- En cuanto a la iniciación, promover un proceso de incorporación de nuevos militantes.
- Emprender campañas de anuncio y sensibilización con los objetivos de la pastoral obrera.
- Trabajar por la presencia de los movimientos apostólicos obreros en las parroquias.
- Crear equipos de pastoral obrera.
- Buscar la colaboración y el apoyo de los grupos de pastoral de otros ámbitos y sectores.

- Presencia de pastoral obrera en los consejos pastorales diocesanos y parroquiales.
- Utilizar los medios de comunicación a nuestro alcance para dar a conocer y animar a la participación la pastoral obrera.
- Potenciar la Delegación de pastoral obrera en el ámbito diocesano y parroquial.
- La Delegación de pastoral obrera ha de ser "cauce de comunicación y diálogo con el ministerio pastoral e inserción en la Iglesia particular de las asociaciones, comunidades, movimientos e iniciativas y experiencias de apostolado seglar y de sector; animación y promoción de la acción evangelizadora general y en el sector; comunión, colaboración y coordinación de todas las asociaciones, movimientos e instituciones y, especialmente, del correspondiente sector pastoral" (*Cristianos laicos, Iglesia en el mundo, 110*).

La mejor forma de animar a la integración y participación en pastoral obrera es el testimonio de militantes comprometidos, incuestionablemente cristianos y obreros, fieles

a su fe y a lo que significa la identificación con la realidades del mundo del trabajo.

5. Espiritualidad de la pastoral obrera

El trabajo humano prolonga la obra creadora de Dios, es fuente de espiritualidad y santificación cuando se realiza en unión con Cristo trabajador que asume la cruz de cada día.

La pastoral obrera puede ser ese "lugar histórico" donde se manifiesta la caridad de Jesucristo para gloria del Padre, servicio a los hermanos un para un continuo ejercicio de la fe y de la esperanza (*Chistifideles laici*, 59).

La espiritualidad no es sino la experiencia de Dios vivida en una forma de pensar y de comportarse, de sentir y de comprometerse en ayuda de los demás. Los dos ejes de la espiritualidad de la pastoral obrera son: el camino de las bienaventuranzas y el testimonio y acompañamiento del Señor Resucitado.

El camino que se ofrece es el de las bienaventuranzas. Se promete felicidad y dicha y se pide atención y fidelidad a la palabra de Dios. Después, como desgranándose de

un fruto maduro, van oyéndose criterios y actitudes, mensajes y exigencias, esperanzas para un tiempo de advenimiento que anuncia la llegada del reinado de Dios. Aunque más que esperar es descubrir. Pues el reino de Dios ya está entre nosotros. Como todos han sido llamados, para todos llega ese reino. Siempre serán mejor considerados los que más necesidad tienen de sentir el gozo de Dios. Los pobres son quienes irán los primeros. No porque sean pobres, sino porque han puesto en Dios la única riqueza de vida. El camino siempre es Cristo. Y también el gozo. El ha venido para que los hombres tengan vida, para compartir la alegría de la salvación.

La espiritualidad de la pastoral obrera es de pobreza: vida austera y de servicio a los pobres. De lealtad y mansedumbre, para encontrarse con la realidad en la que viven los hombres y, por muy hiriente que sea, pensar que la liberación es posible. De sufrimiento, en solidaridad con los que sufren a causa de defender su dignidad. De hambre de justicia, como motivación para luchar por reconocimiento de los derechos del trabajador. De misericordia, pues habrá que poner el corazón allí donde lo desterraron los odios y las luchas de clases. De deseo de la llegada del Reino de justicia de amor y de paz.

De trabajo por la paz, no sólo como meta, sino que el anhelo de paz ha de estar en el comienzo de toda acción evangelizadora. De fidelidad, ante los muchos embates de la incomprensión, de la duda y de la persecución.

Si después de la muerte de Cristo hubo cierto desconcierto entre los discípulos, el encuentro con el Resucitado les devolvió la esperanza y les confirmó en la misión. La espiritualidad obrera ayudará a superar en el mundo del trabajo la etapa de la sospecha y de la desconfianza sobre la Iglesia, y vivir en la esperanza de un nuevo pueblo de Dios, a construir todos los días y hasta el retorno final de Cristo, con el testimonio cristiano y la fidelidad al evangelio.

Ante la tentación del evasiónismo, una espiritualidad de responsabilidad y compromiso, que asume la realidad y trata de transformarla con la levadura del evangelio.

Solamente en el encuentro con Cristo, como los discípulos de Emaús, hay una transformación de la persona y se emprende un nuevo itinerario: el de anunciar a Cristo y ser su testigo en medio del mundo.

Si en dos gestos se reconoció la presencia del Resucitado, la lectura de la Escritura y la fracción del pan, el que ha de ser testigo de Cristo en el mundo obrero no puede por menos que llevar estos signos de la Palabra y de la Eucaristía.

Los de Emaús, que huían de Jerusalén, retornaron a la comunidad, a la Iglesia. Nada sin la Iglesia, sin vivir plenamente en su unidad y comunión.

En la espiritualidad de la pastoral obrera no puede faltar el valor de la secularidad, es decir, de buscar en todas las realidades, por muy oscuras que parezcan, la huella de la mano creadora de Dios.

Espiritualidad del trabajo, como fuente para encontrar cada día la realización personal, la ayuda a los demás, el sacrificio y la cruz. Todo ello en unión con Cristo obrero.

Una espiritualidad profética, que trabaja por la justicia y denuncia todo aquello que proviene de unas estructuras de pecado.

En unión con María, madre de Jesús, que da gracias a Dios porque se cuida y enaltece a los pobres y a los humildes.

* * * * *

Estas reflexiones acerca de la pastoral obrera, sobre esa presencia imprescindible de la Iglesia del mundo del trabajo, tendrán que servirnos para hacer un llamamiento a toda la comunidad cristiana, para que pueda sentir como propia esta pastoral especializada, que trata de llevar el evangelio allí donde los hombres y las mujeres tienen que realizar el trabajo de cada día.

La Iglesia y el mundo obrero, no es que estén llamados a entenderse, es que no se concibe una pastoral obrera sin la Iglesia y es que la Iglesia necesariamente tiene que estar en esta tan importante realidad del pueblo de Dios y del mundo del trabajo.

Si llegara el distanciamiento, por la debilidad humana y la secuela del pecado, y se cayera en la tentación de reprocharse mutuamente la culpa, habrá que empeñarse en mirar juntos al mundo que debemos evangelizar, ofreciéndose cada uno con lo que ha recibido de Dios y ponerlo en beneficio de todos, particularmente de los más débiles.

En este año de la Eucaristía, tienen que resonar, de una manera especial, las palabras

de nuestro ofrecimiento del pan y del vino:
"fruto de la tierra y del trabajo del hombre".
Y que sea en verdad comida y bebida de
salvación para todos y, en particular, a los
hombres y mujeres que hacen del trabajo un
espacio de dignidad humana y de santificación
personal.

Que Dios os bendiga.

+ *A. Lucho*
Card. Arz. de Sevilla

+ Carlos, Cardenal Arzobispo de Sevilla

Sevilla, uno de mayo de 2005